

# *Sobre la tesis de Peucer*

ENRIQUE DE AGUINAGA

*Catedrático Emérito*

## 1. DE TOBIÁS PEUCER A FERNANDO ARAUJO

¿Se puede considerar a August Ludwig von Schlözer (1735-1809) como *el primer profesor de Periodismo en la Universidad*? Para ello habría que demostrar, previamente, que sus lecciones en la Universidad de Gotinga, a partir de 1777, constituyeran, de alguna forma, un curso dedicado a la enseñanza del Periodismo, dirigido a presuntos ejercientes, analistas o curiosos de la actividad periodística.

Altabella<sup>1</sup>, sin ahondar en la prueba, así lo consideró, al tiempo que aducía como antecedentes la tesis de Tobías Peucer «De Relationibus novellis» (1690), «las conferencias sobre “El uso y el abuso de los periódicos”, de Johann Peter von Ludewig, en la Universidad de Halle (1698) y los coloquios sobre la Prensa dirigidos por Gottlieb Schumann en la Universidad de Lepizig (1756-1772)»<sup>2</sup>.

¿Se confunden aquella atribución a Ludewig y el «Discursus de novellarum quas vocant Neue Zeitunge hodierno usu et abusu» de Ahasver Fritsch? ¿Se confunden la abierta curiosidad intelectual de la Universidad y la implantación

---

<sup>1</sup> José Altabella: «Notas para una historia de la formación profesional del periodista en España», en *Comunicación*, n.º 25, enero de 1976.

<sup>2</sup> Enrique de Aguinaga: «Epistemología del ejercicio periodístico», tesis doctoral, leída el 30 de septiembre de 1982. Servicio de Reprografía de la Universidad Complutense, Colección de Tesis Doctorales n.º 85/84, pp. 80-81.

universitaria de la enseñanza del Periodismo? Gómez Aparicio, una vez más en discrepancia con Altabella, no participa en el entusiasmo de la confusión<sup>3</sup>.

Esta y otras cuestiones concordantes, más o menos minuciosas, son propias de doctores de la Historia del Periodismo a cuyos dictámenes me remito, a la vez que me permito recomendar a los animosos profesores del Departamento de Periodismo I una investigación aclaratoria.

Desde la Teoría del Periodismo, en el análisis de la profesión periodística, que es el campo donde me muevo; desde el sentido común, que es el campo donde quiero moverme; y desde la altura de mi ancianidad, que es mi camposanto, invito a la calma, a contener el exceso de entusiasmo del descubridor y la tentación egocéntrica de reducirlo todo a lo que se acaba de descubrir.

No hay que confundir la investigación con la enseñanza. Una cosa es que la Universidad esté atenta a un fenómeno social tan notable como lo fue, en su tiempo, la aparición de los primeros periódicos impresos y más concretamente, la aparición del primer diario (1660)<sup>4</sup> y otra, bien distinta, que, desde una mentalidad actual, aquella atención se identifique con la implantación de la enseñanza del Periodismo. El concepto de enseñanza universitaria del Periodismo exige unos mínimos supuestos que, a mi parecer, sí se dan en el curso que, en 1887, mantuvo el profesor Fernando Araujo en la Universidad de Salamanca.

Ahora, que hemos tenido la oportunidad de examinarla más de cerca, se ve claro que la disertación de Peucer<sup>5</sup>, importantísima, en cuanto primera tesis doctoral sobre Periodismo, sólo desde el exagerado entusiasmo, se podría presentar como una organización universitaria de la enseñanza del Periodismo y, por lo tanto, como competidora histórica del curso de Araujo. Y menos aún, considerar a Adam Rechenberg, director de la tesis y solo por eso, como «primer docente universitario que imparte enseñanzas de Periodismo», según escribe Casasús<sup>6</sup>, que antes se ha tomado la licencia de titularle «comunicólogo» junto con Besoldus, Fritsch, Hartnach, Ludewig, Peucer, Stieler y Weise<sup>7</sup>.

Se trata de Christophorus Besoldus, autor de «Thesaurus practicus», Tübingen (?), 1629<sup>8</sup>; Ahasver Fritsch, autor de «Discursus de novellarum quas vocant Neue Zeitunge hodierno usu et abusu», Jena, 1676<sup>9</sup>; Daniel Hartmach, autor de «Erachten von Einrinchtung der alten deutschen und neuen Europäischen Historien», Zelle, 1688; Johann Peter von Ludewig, citado al principio; nuestro Tobías Peucer; Kaspar von Stieler, autor de «Zeitung Lust und Nutz... Entworf-

<sup>3</sup> Pedro Gómez Aparicio (1981): «Historia del periodismo español», IV, Editora Nacional, Madrid, p. 184.

<sup>4</sup> Giuliano Gaeta (1966): «Storia del giornalismo», Vallardi, Milán, p. 203.

<sup>5</sup> Versión alemana (Karl Kurth) de 1944 y versión catalana (Joan Bellès y Carme Gala), de 1990.

<sup>6</sup> Josep María Casasús (1990): «Estudi introductorio a la primera tesi doctoral sobre Periodisme», en *Periodística* (revista académica), n.º 3, Barcelona.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 22-23.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 22.

fen von dem SPATEN», Hamburgo, 1697 y Christian Weise, autor de «Schemiasma curiosum de lectione novellarum», Frankfurt-Leipzig, 1685<sup>10</sup>.

Bien es verdad que el propio Casasús, en su estudio, centra la ponderación de la tesis de Peucer, no «en su alto valor intrínseco, que muy probablemente no tiene», sino en su aporte sobre «la recepción contemporánea de los primeros diarios» y sobre «los fundamentos de las primeras teorías del periodismo»<sup>11</sup>, punto, este último, que sintoniza particularmente con mi dedicación docente.

No se trata de alimentar un ridículo patriotismo o de establecer un escalafón de antigüedad, como tabla de competición deportiva. Pero convendría, por un lado, depurar los antecedentes que se aceptan con entusiasmo xenófilo y, por otro, mejorar el examen y reconocimiento de la experiencia de la Universidad de Salamanca.

El centenario de aquella experiencia ha pasado sin la menor advertencia de nuestras Facultades de Ciencias de la Información y de nuestras organizaciones profesionales del Periodismo, que tácitamente aceptan que «la primera cátedra de Periodismo en Europa se estableció en Leipzig, en el año 1916»<sup>12</sup>.

He aquí, por lo pronto, una primera consecuencia positiva del conocimiento de la tesis de Peucer, de la que, en el ámbito español, se tiene una primera noticia, en 1977, con la traducción del libro de Prakke<sup>13</sup> y una noticia extensa y benemérita en el estudio de Casasús para la traducción catalana<sup>14</sup>, a quien, a propósito de Periodismo enseñado, recuerdo muy afectuosamente como alumno en la Escuela de Periodismo de la Iglesia<sup>15</sup>.

## 2. UNA TESIS EN 5.000 PALABRAS

No se sabe demasiado acerca de Tobías Peucer. No sé que exista de él un retrato disponible, que sería una buena decoración para los muros de una Facultad de Ciencias de la Información. Del texto de su tesis se deduce que nació en Görlitz (Alta Lusacia), en cuyo Gymnasium fue discípulo de Christian Funccius; que, cuando presentó su disertación, estudiaba Medicina; que se doctoró en «la cátedra filosófica»<sup>16</sup>, y que, probablemente, también siguió cursos de Filosofía y Teología.

<sup>10</sup> Ibidem, p. 23.

<sup>11</sup> Ibidem, pp. 10-11.

<sup>12</sup> Ibidem, p. 12.

<sup>13</sup> Henk Prakke, F. W. Dröge, W. B. Lerg y M. Schmolke (1977): «Comunicación Social. Introducción a la Publicística Funcional», Akal, Madrid.

<sup>14</sup> «La primera tesi doctoral sobre periodisme (Leipzig 1960). Text complet y estudi introductori», en «Periodística» (Societat Catalana de Comunicació), n.º 3, Barcelona, 1990.

<sup>15</sup> VII promoción de la Escuela de Periodismo de la Iglesia, Madrid, 1969, examen de septiembre.

<sup>16</sup> Martín Federico Friese, catedrático y Decano de la Facultad de Medicina, en las loas que se insertan a continuación de la tesis.

Peucer presentó su tesis «De Relationibus Novellis» en disertación pública, en la Universidad de Leipzig, el 8 de marzo de 1690, bajo la presidencia de L. Adam Rechenberg, Rector Magnífico de dicha Universidad. Tal referencia, tomada de la primera página de la edición original (Imprenta Wittigau), no permite asegurar, como se ha asegurado, que Rechenberg fuera, también, director de la tesis.

Peucer presentó su tesis en latín y la dedicó «al muy noble señor» Guillermo Luis Dasen, elector de Sajonia.

La tesis de Peucer tiene alrededor de 5.000 palabras; es decir, la discreta extensión de lo que hoy llamamos, en términos sociales, una conferencia. Casasús observa certeramente que, vista desde las actuales costumbres universitarias, la tesis de Peucer podría asimilarse a un capítulo de conclusiones<sup>17</sup>.

La tesis se articula en 29 proposiciones numeradas y precedidas de un sumario, que número por número y en ilación, explica lacónicamente el contenido de cada una de las aquellas proposiciones. Todas ellas las he agrupado en siete secciones temáticas (a las que añado una nota bibliográfica), encabezadas por la transcripción del sumario de Peucer, en la parte correspondiente, seguido de mi extracto:

### 2.1. Definición

**(1) Lo atractivo del tema. (2) Significado y uso del término *novellae*. (3) Las diversas formas de la narración histórica y cual es la propia de las *novellae*. (4) Descripción de las *novellae*.**

El tema es atractivo porque atractiva es la Historia, en cuyo marco se sitúan las *relationes novellae*, expresión que podría traducirse como *relaciones de noticias* (*neue zeitungen*, *gacetas*, *noticieros o periódicos*), «de las que en estos tiempos hay, aquí y allá, no poca abundancia» (I proposición).

La expresión *relationes novellae* es una aportación de Peucer, que tiene sus antecedentes en los términos *nuntium* y *nouvelle*, latino y francés, respectivamente (II proposición).

Hay tres clases de Historia: *universal*, que mantiene un hilo narrativo ininterrumpido; *episódica*, que, de la anterior, entresaca aspectos escogidos; y *miscelánea*, que también se denomina *mixta*, *varia*, *abigarrada o desordenada* (III Proposición).

Peucer incluye a las *relationes novellae* en la última clase (Historia miscelánea), en cuanto su contenido consiste en «noticias de hechos ocurridos recientemente, en diversos lugares de la tierra» (IV Proposición).

<sup>17</sup> Josep María Casasús, o.c., p. 15.

## 2.2. Origen

**(5) Origen y causa. (6) Se exponen los comienzos de la historiografía en determinados pueblos, principalmente entre germanos. (7) Los primeros fundadores de *novellae* y con ocasión de qué las escribieron. (8) Dos motivos impulsaron a ello: la curiosidad humana y afán de lucro.**

Insignes escritores, tanto griegos como romanos, inician las obras de Historia propiamente dicha. Así también, entre los germanos, a partir de Carlo Magno, y especialmente los monjes. Otros, de escasa formación y en una labor apresurada, seducidos por el prestigio de aquellos y tratando de emularlos, compusieron *relationes* misceláneas de sucesos recientemente acaecidos, aquí y allá, para ir al encuentro de la curiosidad del pueblo (V y VI proposiciones).

El desarrollo de las *novellae* se vincula al establecimiento del Correo o Postas y a la avidez pública de habladurías, que incluye la tolerancia y el consumo de la mentira (VII Proposición).

En definitiva, como es bien sabido, dos son los motivos de la aparición de las *novellae*: la curiosidad humana y el afán de lucro, tanto de los que las escriben como de los que las venden (VIII Proposición).

## 2.3. Autores

**(9) Del autor o causa eficiente de las *novellae*. (10) Su primer requisito (referido al entendimiento) es el conocimiento. (11) El segundo requisito, la capacidad de juicio, (12) que a los narradores con frecuencia les falta. (13) Referido a la voluntad, se requiere el respeto y la búsqueda de la verdad, (14) que en los redactores de *novellae* en ocasiones se echa de menos.**

A los autores de las *novellae* fidedignas se les suele exigir algunos requisitos o «virtudes del buen historiador» que se refieren al entendimiento y a la voluntad (IX Proposición).

El conocimiento de los hechos es el primer requisito del entendimiento o inteligencia. El conocimiento de los hechos se puede obtener por presencia personal o por medio de testigos o por medio de relatos procedentes de estos, ya que la historia no se puede reducir solo a lo que se ha presenciado, como pretendía Verrio Flaco (X proposición).

El segundo requisito del entendimiento o inteligencia es el juicio. Es decir la capacidad de discernir no solo las noticias de las invenciones, sino también los sucesos vulgares de los sucesos memorables. Este juicio, no pocas veces, se echa de menos en las *novellae* que atienden a banalidades y que suplen la falta de información con suposiciones o conjeturas (XI proposición).

Este es defecto común de los historiadores, que pasan de largo por los hechos más relevantes y memorables y, en cambio, se detienen en cuestiones sin importancia, como si, ante una bella estatua, se limitarían a ponderar el pedestal (XII proposición).

El respeto y la búsqueda de la verdad es el primer requisito de la voluntad del autor de las *novellae*. Por este requisito, tanto hay que rechazar lo falso como verificar lo verdadero (XIII proposición).

Se distingue entre quienes acopian información para las *novellae* y los historiadores rigurosos, para conceder a los primeros más tolerancia, habida cuenta de que, por una parte, disponen de menos medios para garantizar la calidad de sus relatos y de que, por otra parte, están acuciados por la necesidad de alimentar la curiosidad de la gente.

Esta consideración benevolente, no obsta para se tache de gran irresponsabilidad a quienes confunden a los lectores. La condena se asevera con el testimonio de Séneca que en «Cuestiones naturales» (Libro IV, capítulo 18) afea la conducta de los historiadores que, por hacer más aceptables sus obras, las sazonan con mentiras. También se aporta el testimonio de lo que, según Curcio (Libro IX), dijo Alejandro Magno a sus soldados: «La fama se sobrepone a la verdad.» Por eso se recomienda la comprobación de diferentes testimonios a la vez, ya que, si estos concuerdan, la confirmación permite incluso prescindir de la figura del narrador. En realidad, lo falso se mezcla con lo verdadero hasta el punto de que Flavio Vopisco (en su «Aurelianus») afirma que todos los historiadores habían mentido en algo y que de esta tacha no se salvan Livio, Salustio, Cornelio Tácito y Pompeyo Trogo (XIV proposición).

#### 2.4. *Materia*

**(15) La materia de las *novellae*, hechos singulares y diversos. (16) La primera preocupación en la selección de la materia. (17) Segunda precaución. (18) Tercera. (19) La curiosidad humana excusa en cierto modo las banalidades.**

La materia de las *novellae*, como la de la historia propiamente dicha, son los hechos. Ahora, bien; como el número de los hechos es casi infinito, es necesario hacer una selección que de preferencia a los que merecen ser conocidos (axiomemóneuta, memorabilia), como:

Prodigios, portentos, rarezas, maravillas de la naturaleza o de la técnica; inundaciones, terribles temporales, terremotos, fenómenos, descubrimientos o inventos recientes.

Vicisitudes de las dinastías, restauraciones, sustituciones, empresas civiles y militares, causas de las guerras, planes, batallas, derrotas, estrategias, leyes nuevas, juicios, magistraturas, dignidades, nacimientos y muertes de reyes, suce-

siones al Trono, inauguraciones y demás ceremonias oficiales, muerte de personajes ilustres, final de los malvados.

Asuntos eclesiásticos y de la cultura, origen de las religiones, promotores, expansión, nuevas sectas, principios doctrinales, ritos, cismas, persecuciones, sínodos, decretos, escritos de sus doctores, certámenes literarios, nuevas obras de erudición, fundaciones, sucesos muertos y las otras mil cosas referentes a la historia, ya sea natural, civil, eclesiástica o literaria (XV proposición).

Una primera cautela en la selección: evitar las cosas intrascendentes o vulgares, hechos cotidianos de la vida corriente. De este tipo son las tempestades, frecuentes con los cambios estacionales y atmosféricos; actos de la vida privada de los príncipes, tratos privados de los ciudadanos y demás materias, más propias del diario de cada individuo que de registros públicos. Capitolino («Vida de Macrino», capítulo I) lo censura al historiador Junio Cordo, a quien achaca ridiculeces e insignificancias (como cuantas clámides tenía el emperador) cuyo conocimiento no aprovecha a nadie (XVI proposición).

Segunda cautela: no propalar noticias de los soberanos que los propios soberanos no quieren que se divulguen. Esto es peligroso y por eso, según los prudentes, conviene esperar a su muerte. La adulación o el miedo determinan que «rara vez se cuenta la verdadera historia de los monarcas mientras están en vida». Por esta razón, en un estado bien constituido no debe permitirse a cualquiera la divulgación de *novellae*. Véase la entrada «Neue Zeitungen» en el «Thesaurum Practicum» de Besoldus y el capítulo III del «Discurso sobre el actual uso y abuso de los novellarum» de Ahasver Fritschius, Jena, 1676. (XVII Proposición.)

Tercera cautela: no incluir cosas que dañen a las buenas costumbres o a la verdadera religión (obscenidades, delitos vergonzosos, expresiones blasfemas, que, según Plinio, son cosas que, al contarlas, se enseñan). Esta es la razón de que algunas ciudades, con prudente criterio, se haya establecido la censura previa para evitar la ofensa y, al mismo tiempo, la incitación que provocan aquellas materias (XVIII proposición).

Que las *novellae* estén compuestas en su mayor parte por cuestiones sin importancia es más disculpable en sus autores que en los historiadores, puesto que aquellos escriben improvisadamente no tanto para la posterioridad como para satisfacer la curiosidad del pueblo, ávido de novedades. Así la falta de asuntos de importancia se suple con temas ligeros y banales. «Por lo tanto, en esto, hay que ceder, en cierto modo, al gusto de los tiempos.»

Ya en la antigüedad, Julio Cesar («De bello gálico», lib. IV, cap. 5) censuró el afán de novedades de los galos, en sus interpelaciones a viajeros y mercaderes, que muchas veces les daban respuestas inventadas, acomodadas a lo que ellos deseaban oír.

Curcio dice en el libro XI: «Ciertamente son más las cosas que escribo que las que creo, pues ni me atrevo a corroborar aquello de lo que dudo, ni a eliminar lo que me ha llegado.» Y Fritsch, en el capítulo IV del citado discurs, advierte: «No hay que creer irreflexivamente en las *novellae*» (XIX proposición).

## 2.5. Forma

**(20) En qué consiste la forma de las *novellae*. (21) Su primera parte, la *oikonomia* o disposición. (22) La segunda, la *lexis* o dicción, que se define con más exactitud.**

La forma de este género de publicaciones es muy diversa; pero, en términos generales, se aprecian *oikonomia* y *red lexis*. *Oikonomia*, que se refiere al orden; y *lexis*, que se refiere al estilo (XX proposición).

Si se trata de varios asuntos de diversa índole, sin nexo entre sí, no hay más orden que el que dicte el arbitrio. Pero, tratándose de un único asunto, debe guardarse un orden (por ejemplo, en el relato del asedio de Maguncia, autores, ocasión, preparativos e instrumentos, lugar y modo de proceder, acción en sí y sus resultados y rasgo de valor de los guerreros que más brilló en el asedio y ocupación de la ciudad) que básicamente se expresa en las seis circunstancias de toda acción: autor (¿quién?), hechos (¿qué?), causa (¿por qué?), modo (¿cómo?), lugar (¿dónde?) y tiempo (¿cuándo?), como se ve en Francisci Patrii, «De Historia, Dialog.», VII y VIII<sup>18</sup> (XXI proposición).

A diferencia de la oratoria y de la poesía, el estilo de las *novellae* debe estar dominado por la claridad y la concisión para que el narrador sea entendido de inmediato. Así las palabras no deben ser oscuras ni desusadas, sin incurrir en términos vulgares y tabernarios, de modo que el relato sea válido para el pueblo y para los doctos (XXII Proposición).

## 2.6. Finalidad

**(23) Se indaga sobre la finalidad de las *novellae*, (24) que consiste en informar de los hechos recientes, (25) a lo que se une la utilidad y el entretenimiento. (26) Se exponen las diversas clases de utilidad. (27) Se trata del entretenimiento, (28) y se delimita.**

A diferencia de la Historia, cuya finalidad es la conservación y transmisión de los hechos memorables, las *novellae* no se escriben para la posteridad, sino para satisfacer la curiosidad inmediata, de modo que solo unos pocos hechos de los relatados en las *novellae* quedaran consignados en las obras históricas propiamente dichas. El resto, la mayor parte, fruto de la improvisación, del rumor y de documentos dudosos, no puede tomarse como base para elaborar la memoria de la posteridad (XXIII) proposición.

<sup>18</sup> Sólo la ignorancia de la Retórica clásica o de la Teología Moral, podría atribuir el origen de este método de precisión al periodismo anglosajón, según registra CASASUS, o.c., p. 19. Desde aquellos antecedentes, se explicaba ya en la Escuela Oficial de Periodismo (Madrid, 1941-1975).



La principal finalidad de las *novellae* es la de informar de los hechos recientes (actuales), respondiendo al común afán de saber que se concreta en la pregunta generalizada: ¿Qué hay de nuevo? A esta finalidad se unen complementariamente la utilidad y el entretenimiento (XXIV proposición).

Lo útil y lo agradable son ingredientes de la Historia y de ella procede que también sean ingredientes de las *novellae* (XXV proposición).

La utilidad de la Historia no es comparable a la de las *novellae* porque los autores de estas carecen de las cualidades de los historiadores: experiencia, prudencia, juicio, fuentes seguras y estilo apropiado. Pero con utilidad propia, las *novellae* fomentan la curiosidad por los conocimientos geográficos, genealógicos, históricos y políticos, así como otros beneficios para personas cultas o no; principalmente, para mercaderes (XXVI proposición).

La variedad de las historias recientes alegra el ánimo del lector curioso. Esta sensación placentera se afirma con el ejemplo del Rey Alfonso de Aragón, que, tanto placer experimentó con la lectura de la Historia de Curcio, que quedó curado de su enfermedad y al recuperar la salud dijo: «Adiós a Avicena a Hipócrates y al resto de los médicos; viva Curcio, mi salvador»<sup>19</sup> (XXVII proposición).

Los placeres de la lectura son mayores para los doctos que, por sus conocimientos, pueden obtener más provecho que los legos (XXVII proposición).

## 2.7. Tipos

### (29) Se distinguen varios tipos de *novellae*, poniendo fin a la tesis.

Las hay de carácter exclusivamente científico; otras son misceláneas, como «Le nouveau Mercure Galant, contenant tout ce qui s'est passé de curieux»; otras, recogen temas políticos; otras, asuntos de diverso genero, que se imprimen semanal, mensual, semestralmente o transcurrido cualquier lapso. De las alemanas, destacan las de Leipzig y Frankfurt, porque prescinden de banalidades y rumores.

Para terminar, el autor de la tesis deja el juicio de todas las *novellae* en manos del prudente lector y ruega a Dios que, en el futuro, solo se escriban con buenas noticias (XXIX proposición).

## 2.8. Bibliografía

Lógicamente, como corresponde a su planteamiento, la mayor parte de las citas bibliográficas de la tesis de Peucer se refiere a historiadores. A continua-

<sup>19</sup> Josep María Casaus, corrige la cita, o.c., p. 24.

ción se relacionan los autores citados, señalando en cada caso el número de la proposición en que son mencionados:

Charles du Fresne (2), Constantino, Emperador (2), Silvestre, Papa (2), Antonio Agustín (2), Aristoxeno (3), Prescennino Festo (3), Lactancio (3), Vossius (3, 10, 22), Aristóteles (3), Laercio (3), Diodoro Sículo (6), Censorino (6), Livio (6, 14), Suetonio (7), Gotardus Arthusius (7), Lucrecio (7), Séneca (7, 14), Verrio Flaco (10), Luciano (12, 22, 25), Cicerón (13, 22, 27), Estrabón (13), Polibio (13), Herodoto (13), Teopompo (13), Quintiliano (13, 22), Curcio (14, 19, 27), Flavio Vopisco (14), Junio Tiberiano (14), Salustio (14), Cornelio Tácito (14, 17), Pompeyo Trogo (14), Junio Cordo (16), Capitolino (16), Arriano (17), Ptolomeo (17), Aristóbulo (17), Besoldus (17), Ahasver Fritschius (17, 19), Plinio (18, 21, 22, 27), Julio César (19), Dion Casio (19), Francisci Patritii (21), Christian Weis (26), Antonio Panormitano (27), Claudio Jordan (29).

### 3. RAÍCES DE LA TEORÍA DEL PERIODISMO

Desde el punto de vista de la actual Teoría del Periodismo<sup>20</sup>, la tesis de Peucer representa un primer planteamiento en el que se advierten formulaciones tan lúcidas como sorprendentes. Que este planteamiento se produzca en el seno de la Universidad es, por una parte, un hecho natural y por otra parte, una confirmación primigenia de la dimensión científica del Periodismo.

Aparece así la Universidad de Leipzig como faro de la ciencia periodística, con una gran tradición subrayada por Casasús, que arranca de la obra de Weise (1685) y se prolonga en Bernheim con su «Lehburch der Historischen Methodik under Geschintphilosophie» (1908), en el Instituto de Periodística y la primera cátedra (1916), en Bücher (1847-1930), en Everth (1878-1934), en Münster (1901-1963) o en Storz, que, en 1932, lee su tesis «Die Anfänge de Zeitungskunde»<sup>21</sup>.

La tesis de Peucer incluye en el ámbito de la Historia el protoperiodismo que considera. Han sido las evoluciones posteriores y los recientes análisis los que despegan al Periodismo, no sólo del ámbito de la Historia, sino también del ámbito de la Literatura, para incluirlo en el ámbito de la Teoría del Conocimiento, en cuanto clasificación de la realidad<sup>22</sup>.

Sería una pretensión desahogada la de que Peucer hubiera formulado aquel despegue; pero en Peucer hay atisbos y raíces de la moderna Teoría del Periodismo, sobre todo, en el reconocimiento del inabarcable universo de los hechos

<sup>20</sup> Enrique de Aguinaga: «Dimensión científica del Periodismo», discurso de ingreso en la Real Academia de Doctores, Madrid, 10 de enero de 1996.

<sup>21</sup> Josep María Casasús, o.c., p. 12.

<sup>22</sup> Ibidem, p. 12.

(«el número de los hechos es casi infinito», dice en la XV proposición) para plantear la necesidad de la selección, con arreglo al principio de importancia<sup>23</sup>.

Ha tenido que pasar mucho tiempo y reflexión hasta llegar a los actuales análisis del poder interpretativo de la selección periodística como generación de nueva realidad; pero en aquella proposición de Peucer ya está la *axiomne-moneuta* o *memorabilia* («la preferencia de los hechos que merecen ser conocidos», de la XV proposición), anticipándose en siglos al lema de «The New York Times» («All the news that's fit to print») y a la teoría del periodismo de la alteración, en el que prevalece lo raro sobre lo normal (XVI).

A un profesor de Periodismo, le merece la pena leer pausadamente las cinco proposiciones (XV-XIX) que he agrupado en la sección «Materia». En ellas se encuentran las fuentes de lo que en nuestros manuales se explica como Factores Objetivos de Interés General y Factores Subjetivos de Importancia Periodística. Y, en las proposiciones IV, V, VI y XXIV, los principios de la actualidad y su extensión universal, «aquí y allá».

¿Qué pasa por el mundo? La pregunta de Livingstone (1871) ya se la formula Peucer en 1690 (XXIV proposición) que, además, plantea las causas y las consecuencias, incluyendo las desviaciones: la avidez pública o curiosidad del pueblo (V, VI, VII y XIX) que hay que satisfacer (XXIII); que puede conducir al consumo de la mentira (VII); y que pone de manifiesto la relatividad de la noticia producida por la escasez de información (XI).

Por supuesto, como cuestión capital, está presente la cuestión de la verdad (XIII proposición) en sus diversos aspectos: la fiabilidad (XIX), la múltiple comprobación (XIV), los secretos oficiales (XVII), las cuestiones éticas (XVIII), la censura (XIX) y la arcaica norma de los elementos de precisión, que andando el tiempo, acabaría llamándose «regla de las seis W» (XXI).

Y todo ello salpicado de referencias a lo que son nociones actuales de reporterismo (X proposición), estilo (XXII), distribución (VII), fines (XXIV), especializaciones y periodicidad (XXIX), sin que falte el deseo final y utópico de un periodismo solo hecho de buenas noticias.

¿Qué fue de Peucer, ya doctor por la Universidad de Leipzig? ¿Se dedicó a la Medicina, que estudiaba? ¿Desarrolló los términos de su tesis doctoral? ¿Siguió vinculado a la Universidad? ¿Regresó a Görlitz? ¿Mudó de residencia? ¿A qué se dedicó, en definitiva? ¿Tuvo discípulos o descendientes?

Supongo que alguien tendrá las respuestas que yo no tengo ahora y me gustaría conocer. En cualquier caso, en el curriculum del doctor Peucer, nuestro doctor primero, se puede anotar, simbólicamente, que, al cabo de trescientos años, un viejo profesor de Periodismo, de la Universidad Complutense de Madrid, ha tenido el gozo de estudiar su «*Rellationibus novellis*» y le está muy agradecido.

<sup>23</sup> Ibidem, p. 27.